to de la Vega en los confines de Asturias, con intencion de trasladarse despues á una fragata inglesa, pero los elementos parecian haberse conjurado tambien en su contra; pues no permitiendo salir al mar le detuvo en aquel miserable rincon de la Vega hasta que fue acometido de una ejecutiva pulmonía que en dos dias terminó su existencia en 27 de noviembre de 1811 á los 66 años de su edad.

Muy pronto se divulgó por toda España la muerte del Excmo. Sr. D Gaspar Melchor de Jove Llanos con general sentimiento de la nacion y particular de sus tribunales, sociedades y academias científicas; y las cortes generales y estraordinarias, reunidas en la isla de Leon, queriendo dar un testimonio público á la grata memoria de este ilustre español, le declararon por un decreto especial *benemérito de la patria*.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

INTRODUCCION.

Hácia los confines del fértil y frondoso Vierzo, en el antiguo reino de Leon, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detras de la cordillera de montañas que su izquierda márgen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso á manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rogizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusion óptica producida por la blanda oscilacion de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellécese mas y mas segun se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun mas adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del pais, que no este nombre sino el de *canoas* merecian, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinacion que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco mas arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raiz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco obscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma direccion y sobre las crestas de los montes mas lejanos se distinguen las almenas y murallas del *castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansion de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demas vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hácia aquella mano están algo mas desviadas, y á diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta mas enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco mas allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpétua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginacion el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisages alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba á mas andar al término de su carrera, cuando un viagero jóven, que largo tiempo habia estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo, y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atencion de nuestro viagero; y en verdad que nada tenia de extraño el ademan de distraccion apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcacion. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas

y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su estremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de expléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos habia enfrenado las armas mas sutiles, y apagado todos los rumores del dia, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel habia comenzado á despuntar en el confin mas remoto del oriente, cárdeno y confuso á la sazon, venia á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisage tan vago, tan agraciado y tan triste, mas que otra cosa parecia un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veia allá en su término, y que cruzaba la imaginacion en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas mas escogidas, y en colorarlo con sus mas hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viagero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espamas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazon latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y asi era) de haber visto el mismo pais en su niñez, cuando su corazon se abria á las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegria, verjel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la mas liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el mas tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte mas noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorumpe y dice con el tiernísimo y divino Fr. Luis de Leon:

«¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y de hermosura!
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, escura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viagero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

«¡Ah señor! mire; allí por bajo de *lago* húbole en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el jóven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo mas acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tu sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tio D. Atanasio el cura dejónos un proceso muy grande de su letra todo que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero, tu algo has de haber oido por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatin y aquella gorra no habria escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante exámen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que desconcertado y mohino el barquero le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir mas sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

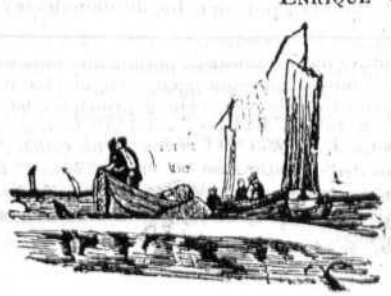
—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tio me lo declararán sin duda mejor.

Vogaron con efecto hácia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los papeles de su tio el cura diciendo al viagero: —Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa solo se leer yo, y escribir tambien, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tio tenia cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Ademas que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice. —

Agradecíólo el viajero el presente con corteses razones, y sobre todo con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cual dando un millon de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabia algo de letras, se fué mas contento que el dia que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle á nuestro viajero por estremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no habia economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarlo.

ENRIQUE GIL.



hierro en Suez. Allí, cerca del desierto, en el seno de la antigua cuna de las ciencias, el vapor vá bien pronto á desplegar sus maravillas, y 18000 árabes preparan ya un camino espedito á los productos y á los hombres de la civilizacion Europea. Finalmente, un mes separa hoy tan solo á Marsella de las orillas del Ganjes, y los últimos viages del *Sirius* y del *Great Western* acaban de poner á Londres y Liverpool ó catorce dias de Nueva-York.

Enmedio de tan rápidos adelantamientos hechos por las demas naciones en este y en otros puntos capitales, nuestra desgraciada España ha permanecido simple espectadora del vuelo prodigioso de una invencion que adivinó el primero uno de sus hijos; y dos ó tres barcos pequeños sobre el Guadalquivir y otros tantos sobre la costa cantábrica son los únicos de este género sobre cuya popa se vé flotar el pavellon nacional. ¡Y sin embargo, despues de la Inglaterra, no hay nacion alguna poseedora de mas ricas colonias, ninguna tan ventajosamente situada entre ambos mares para llevar á las mas remotas regiones los frutos naturales y los adelantos de la industria Europea!

EL LAGO DE CARUCEDO [1].

TRADICION POPULAR.

I.

LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Escuras sombras en la luz mas clara.

HERRERA.

Los últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monges Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el dia el lago de Carucedo por entre norte y ocaso, y á la jurisdiccion y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenian á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasias del poder no habian costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecia sino que para eso solo los habia juntado allí la suerte, pues que ninguno habia nacido en aquellos fértiles valles, y ademas un misterio impenetrable envolvia en densas sombras el origen de entrambos. Del jóven que tenia por nombre *Salvador*, solo se sabia que siendo aun rapazuelo y con no poco recato habia llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces y sin otra recomendacion que una carta sigilosa para el abad, habíase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Habia cobrado este un cariño verdaderamente paternal al jóven Salvador, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta á las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicacion de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale ademas en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era asi, porque en verdad que nunca alma mas noble animó tan varonil y hermosa figura: nunca corazon mas valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle sin embargo los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones; pero nadie se lo llevaba á mal, porque los mas discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demas disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El orígen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos obscuro ni dudoso. Allí habia llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decia su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincon de la tierra, habianse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes y ademas un escaso rebaño que la jóven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguia los animales montaraces, la vió y amó en la soledad; y esta pasion que como una flor crecia al manso ruido de las cascadas y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazon de entrambos profundísimas raices.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oidos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida: pero la habitual y melancólica distraccion en que vino á caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazon. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado á la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condicion, y abrumado ademas con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazon alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millon de recelos á modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba no obstante cada dia mas, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, en un corazon llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio que solo habia llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leia harto claro en la frente de aquel jóven el orígen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él habia derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan abundantes como sazonados frutos, ponian su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de Salvador; porque bien sabia que sus sentimientos podrian acarrearle en buen hora la desdicha, nunca empero la deshonra: no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un dia al caer el sol por la huerta del monasterio, tendida á la sazon por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversacion fue larga, agitada y misteriosa. Volvian ya lentamente á la abadía, cuando antes de en-

(1) Véase el Semanario del domingo anterior.

trar se oyó que Salvador decia con respeto al abad:—Si, padre mio; cuanto me habeis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamais, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de mas subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneracion filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y mas imposible aun que vos me lo ordeneis. Su amor es para mi como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo mas corazones que á mi se inclinen que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro dia soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me vi en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazon de mi enemigo. —El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando, y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada, donde solia ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornoques y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubria, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogia sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debia de pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraida mano á su leal perro y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuentro, cuando por cima de las rocas que en frente de la gruta se estendian, acertó á mecer el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazon al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habian hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las cercanias: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus lábios se escaparon confusamente no se que palabras que así parecian arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolucion firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahinco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse despues en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situacion nuestro valiente mozo, y como por una inspiracion súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé que misterios de persecucion y amargura, resolviose á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie; pero como su corazon acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, dificilmente podria recatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel dia. Por otra parte ocupaban su imaginacion negros recelos é inquietudes: así fue que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caida de la tarde, en que su amada recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza al rededor cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á lo lejos su apesarado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque habia aun bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche: solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigorosas de sus muros y á su situacion que le hacia descollar sobre el fondo obscuro de los montes lejanos, aparecia aun claro y distinto.

Todo este paisage miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreñado. — ¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado; no parece sino que has recibido alguna herida mortal, segun lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mio, respondió este; mi sueño no era una mentira sino un presentimiento de mi leal corazon. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos y me la quiere robar.

—Cómo! interrumpió el abad asombrado, ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desman? ¿No saben que á mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Estendió Salvador el brazo hácia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornatel que todavia se alcanzaba á ver en la cresta de la montaña.

— ¡Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

— El mismo, —replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolucion que alimentaba su alma.—Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero á romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

—He pensado, respondió este mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, sino por mi alcurnia, á lo menos por mi corazon.

—Y por tu alcurnia tambien, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea tambien un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

—Escucha, hijo mio, estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos las nuestras con las suyas, mas desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devocion y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnicion, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perderia sin remedio.

—Pero, señor, replicó el mancebo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda, contestó el santo abad: los vicios han empedernido su corazon y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo á hilo en la noche su humillacion y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que tambien es mi Dios.

—¿Y María? repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Ursula, tengo por cierto que ni tu mismo sabrias el paradero de las dos y las perderias para siempre.

Al otro dia muy de mañana el santo abad con su báculo y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Ursula, y entrando por ella con no poca estrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su hato, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego:—No dejeis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorio de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.—

Aunque el acento del piadoso varon rebosaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad mientras hablaba aquella mujer.—Padre mio, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algun nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Seria cierto que nos vemos asomadas á un abismo?

—Con que segun eso, repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo nos convertís á mi y á mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformacion.—Y viendo que ni aun asi quedaba tranquila, añadió con gravedad:—Por ahora no hay que temer, porque estais bajo mi guarda y amparo:—y en seguida enderezó sus pasos hácia el castillo de Cornatel. Hacia poco que habia salido el sol cuando se puso á trepar el agrio repecho á cuyo término se levanta aun en el dia esta fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar á un religioso solo con su baston de peregrino, apresuráronse á franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y obscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenian en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole despues uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse mas de su huesped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensagero é introdujo al abad en el aposento de D. Alvaro.

—¿Qué diablos trae por aqui semejante abejaruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Alvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tu, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

—¿Con qué es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazon? replicó con alegria Boca Negra; sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitan se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que habia de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladron? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladron.

Rieron los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvia, por una ventana que daba á un precipicio de mas de cien varas, y volvieron á su juego.

Abrióse por fin despues de largo rato la puerta del aposento de D. Alvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venian alterados, si bien el de D. Alvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañole el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí friamente volvióse el uno á su recámara y el otro salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó á casa de Ursula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño, lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vias amistosas aquel litigio se arreglase. Tenian ambas mugeres ciega confianza en las virtudes del abad, y asi se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponia entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al átrio de S. Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traeis, padre y señor mio? le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto, contestó el ancia-

no, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inícuos planes. Salvador, dijo despues resueltamente, el honor de María corre peligro aqui, y es preciso que se marche.—El jóven se retorció las manos de desesperacion.—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumar su perdicion. Asi que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada, y pedirele que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del leon. En tanto aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningun desman, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.—Dicho esto partió aquel santo varon á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, «repitió Salvador, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que solo se atreve á desamparadas mugeres.»—

Rayó la luz del siguiente dia y ya el mensagero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salia la jóven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indeferencia de su amante, mientras este por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba todo el pais. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina habia un delicioso prado natural, de umbrios castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecia aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legion*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legion apareció un rebaño y detras de él una muger de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.—¡Es ella!—

—Sentóse la niña á la márgen de la fuente, y con pensativo y triste ademan púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdian: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazon, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados · pero solo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atencion su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Asi se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa se estendia el Campo de la Legion. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oidos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salian, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarnecian la pradera, y se quedó confuso al ver á Don Alvaro. ¿Por donde habia venido?.....pero ¿qué le importaba saberlo? ¿no lo tenia allí á solas? Asi es que en aquel punto le pareció mas hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba este en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desórden y la toca caida, desolada y arrastrándose de rodillas, solo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo mas sagrado.—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decia con angustia, soltadme, ¿qué honra sacareis de atropellar asi á una pobre muchacha, vos que debias protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?...soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mia que se moriría de verse sola!....soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuísteis generoso, y de que os dolísteis del desvalido!.....

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin tí volveria sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentis! repuso la doncella encendida en cólera; villano! mal caballero! Salvador, Salvador mio, gritó con desesperacion, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—Aqui estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.—Soltó D. Alvaro á la niña que casi exánime fue á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y esclamando:—El corazon me lo daba! El corazon me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mia!.....

—Ahora piensa en ti, contestó Salvador: por la encañada de los ruiseñores vas segura y desenvocarás en el convento: ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin tí, replicó ella: aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caias en sus manos, yo mismo te daria de puñaladas.—La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de D. Alvaro habia un capote de aldeano que esplicó á nuestro jóven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba tambien, porque apenas era dueño de los estraños ímpetus que arrebataban su alma. Reportóse sin embargo como pudo, y dijo á su rival:—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Solos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Revolledo con ironía.

—Si á fé, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude y aun quizá debi pasaros en claro y á mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el mas alto torreon de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, segun dicen, un agua tan fresca, que alli podreis templar vuestra cólera.—Aunque Salvador tenia el arco armado, dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está, dijo entonces.

—¿Con qué teneis miedo? repuso Salvador prorumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabais de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo que el mismo Lancerote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaucion es cuerda, porque

nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazon, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como ye el mio, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardeis, vive Dios, porque, como decimos por aqui los villanos, de hombre á hombre no va nada.—

—Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro:—y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacia un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raiz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.—Tu fin se acerca, dijo Don Alvaro.—Y el tuyo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.—¡Socorro! socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudian á dárselo y Salvador huia por el opuesto lado.—¡Socorro! confesion! repetia con ansia; y en esto se le cortó el habla y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.—Por allí se escapó el asesino, dijo uno de los arqueros.—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.—Y María? le preguntó, ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? esclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.—Huye, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta misma noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á mas salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca y por un valle que llaman en el dia *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigian pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.—Salvador! dijo.—¿Quién me llama? respondió este.—Yo, respondió el afligido abad. Hijo mio, añadió, cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huido sin llevarse mas que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tu no puedes permanecer en el pais, porque los arqueros de D. Alvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.—¿Con qué, es decir que en un mismo dia pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.—Todo, respondió aquel varon piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre comun que está en el cielo.

—Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentia partírsele el alma.—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? preguntó por fin el jóven.—Esta noche han llegado.—¿Y cuando parten para Andalucía?—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.—Con ellos me voy, padre mio: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trechas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el dia salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amen de un bolsillo bien provisto que segun dijo le habian entregado al confiarle su educacion. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demas aparecia borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados esclamó:—¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazon la frescura y verdor que se han caido de él?—Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los hijares de su palafren, fue á reunirse con los soldados.

ENRIQUE GIL.

LA FERIA DE BEAUCAIRE.

Beaucaire, situada sobre la orilla derecha del Ródano en el extremo del puente Leguino que la une con Tarascon, es bastante menor que esta última ciudad, con la cual tiene muchos puntos de semejanza que resaltan á primera vista. En frente del castillo de Tarascon, sobre una eminencia á la izquierda, tiene tambien Beaucaire un castillo, donde van á visitar los extrangeros una capilla que fundó S. Luis al pasar por Beaucaire para ir á Aguas-Muertas, donde se embarcó para la Tierra Santa.

Seria Beaucaire una ciudad desnuda de toda importancia á no ser por la feria que se celebra en ella todos los años. Esta feria asciende á una época antiquísima. Cuando la civilizacion no habia facilitado todavía las relaciones comerciales; cuando carecian los mercaderes de todas las ventajas que les dan en el dia la seguridad de las correspondencias, los adelantos de la legislacion y el uso de las letras de cambio, eran estos mercados de absoluta necesidad, puesto que en ellos, como en las bolsas actuales, se reunian los mercaderes de todos los pueblos cercanos para negociar en una semana las especulaciones de todo un año. La feria de Beaucaire, como otras muchas en Francia y en Europa, ha sobrevivido á causa de su importancia especial á las necesidades generales que presidieron á su establecimiento.

Hácia fines de Junio, Beaucaire, silenciosa é ignorada durante todo el resto del año, se anima repentinamente de un modo extraordinario. A las orillas del Ródano se extiende una vasta llanura cercada de árboles, donde se construyen 400 barracas para depositar en ellas las mercancías. La ciudad se prepara á recibir en su seno el comercio que va á invadirla; los habitantes desocupan sus habitaciones, y se acomodan como pueden en los caramanchones y en las boardillas, porque las casas, que durante el resto del año valen apenas cien escudos (300 francos), se alquilan á veces por 1000 francos cuando llega la época de la feria. Por eso los comerciantes de Leon han comprado de algun tiempo á esta parte muchas casas en Beaucaire.

Las mercancías llegan en los primeros dias de Julio,

una série de estátuas de los reyes de España desde Ataulfo hasta Fernando el VI, y en los resaltos de los ángulos habia otras que representaban varios reyes de Navarra, Portugal, Aragon, Méjico, el Perú, y otros soberanos y caciques indios, pero unas y otras se quitaron hace tiempo y existen en las inmensas bóvedas del palacio. Todo el edificio tiene seis puertas principales, cinco en la fachada del sur, que es la principal, y una llamada del Príncipe en la fachada de oriente. Las otras dos fachadas no tienen puertas. El patio es cuadrado con 140 pies de área, poco mas ó menos, y rodeado de un pórtico abierto de nueve arcos en cada lado. El segundo piso es una galería cerrada de cristales que dá entrada á las habitaciones reales y capilla. Entre los arcos del patio hay cuatro estátuas que representan los emperadores romanos naturales de España, Trajano, Adriano, Honorio y Teodosio, obras de D. Felipe de Castro y D. Domingo Olivieri, cuyas estátuas estuvieron antes donde ahora las columnas debajo del balcon principal. La escalera grande es muy suave, y consiste en un solo tiro hasta la meseta ó descanso que hay á la media altura, volviendo despues otros dos paralelos hasta la puerta de entrada por el salon de Guardias; toda la escalera es de mármol manchado de negro: enfrente de ella hay una estátua de mármol de Cárlos III, y en los intermedios de las balaustradas dos leones tambien de mármol blanco. Por último, toda la fábrica de este edificio es de una solidez estraordinaria por el espesor de sus paredes, por la profundidad de sus cimientos, por la solidez de sus bóvedas, y por el número de sus columnas. Todo es de piedra, y en él no se empleó mas madera que la necesaria para puertas y ventanas, cuya mayor parte es de caoba; y el aspecto esterior de este hermoso palacio ofrece una vista imponente y majestuosa. Asi le hubo de parecer á Napoleon cuando al subir la escalera de esta real casa en los primeros dias de diciembre de 1808 dijo poniendo la mano sobre uno de los leones de la balaustrada: «*Je la tiens en fin, cette Espagne si desirée.*» Y luego volviéndose á su hermano, el intruso rey de España, le felicitó en estos términos: «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

Si el corazon de Salvador no saliese tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se hubiera estremecido de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero sí, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el dia, y por mas que torne abril, no torna á verdear ni á florecer» no estrañaremos que el cazador de San Mauro

caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Vierzo: soldado de gran corazon y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botin. Aficionóse por estremo de la gentileza y brio de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y ademas su natural denuedo y noble sangre le encendian en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos dias del año anterior, y á fuer de capitanes esperimentados aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazon, y D. Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfaccion del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasion que se le venia á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habian venido nuevas de que la villa de Alhama tenia flaca guarnicion, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaucion y cautela salieron ambos gefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de estraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus mas ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas escusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botin y el odio á aquella gente descreida, cuando llegaron al fin del tercero dia á un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brio. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martin Galindo (soldado tambien de gran fama) se adelantaran con trescientos soldados pláticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Escusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitan, y que llevaba uno de los cargos mas atrevidos de tan atrevida empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que estienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecian, y en tanto Martin Galindo, Ortega y Salvador, llegáronse por diversos lados á raiz de la misma muralla, para ver si algun rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro jóven largo rato con el oido atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazon: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre habia sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazon.

Volvian en esto de su ronda Ortega y Martin Galindo, y como le hallaran de hinojos todavia, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:—«¿Os ofreceis por caballero de la Vírgen, Salvador, que asi os poneis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro!»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo; sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla y subió con valerosa determinacion, mientras Ortega y Galindo hacian lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable faccion, echó por una escalera que guiaba al patio, con intencion de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendicion del castillo. Hízolo asi bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera «¿quién vá? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—Al arma! al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador que por su parte solo sentia el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hácia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caian tan recios que no habia adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas: —«El rastrillo! bajad el rastrillo!»—Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demas, viendo los desmedidos esfuerzos que hacia Salvador para ganar la puerta, redoblaron asi mismo los suyos. Apurada era su situacion, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrian sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podian los de dentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desvaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto mas y mas sus enemigos, y aunque habia ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demas, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el gefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplen superior, les gritaba.—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro!—cuando dando una gran voz y diciendo—«Mahoma, valme!»—cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplen abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salian por la puerta de la escalera dos guerreros que traian mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martin Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversion, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par, y dió larga entrada á los de afuera que de rondon se precipitaron; rompiendo y destruyendo cuanto se les ponia por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnicion, quedando dueños y señores del

castillo. Al dia siguiente despues de una porfiada y récia batería, entraron asimismo en el pueblo los cristianos acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demas.

Puso esta pérdida en gran consternacion á la morisma, como que vian á los enemigos en el corazon de sus tierras; y sobre ella se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacen juntó aceleradamente un ejército de tres mil de á caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos dias, y aun llegó á sacar de madre el rio de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobrole gran estimacion y le hizo muchas honras.

Como quiera el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el mas poderoso entre los señores de esta tierra á Don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, y en él tenian puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: asi fue que sacando el estandarte de Sevilla y juntándose con D. Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava; D. Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salian al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegria en los ojos. El de Cádiz fuese con los brazos abiertos para D. Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses pusieron término á las desavenencias que traian divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro dia del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca á Martin Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfange cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfia, saludándolos como á hombres los mas arriscados y valientes que en aquella faccion se hubiesen mostrado. El de Cádiz sin embargo no fue dueño de si propio, y harto mostró la predileccion que le merecia Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demas caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro jóven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leido, vinieron entrambos á abrazarle diciendo el maestre:—¡Cómo asi! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba tambien y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun alli, y si le habia adornado con un apellido ilustre que en él se extinguia, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con mas honra. Sintió el nuevo caballero una emocion profunda, y sin embargo respondió al maestre y al marqués que habia querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo escedian el valor de entrambos, que no sabia como mostrarles su agradecimiento.—Escuchad, Salvador, le dijo el maestre despues de mirarle con atencion largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no se qué que habla en favor vuestro. Mucho me habiais de honrar si me recibiéseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble órden, ni que os desdeñaréis de vestir un dia su santo hábito.—El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El Maestre me ha ganado por la mano, y harto mas ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero sin embargo debeis saber, añadió apretándole la mano, que D. Rodrigo Ponce de Leon os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiéreis menester. Los demas caballeros hiciéronle tambien por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con D. Rodrigo Tellez Giron, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardon tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que mas que otra cosa parecia fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabria las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo no era feliz: de contínuo se le venian á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imágen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en una alma nueva se convierte en una pasion imperiosa y esclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habian despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habian hecho; y el mensagero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una mas larga para nuestro mancebo.

Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no habia podido dar con el paradero de Ursula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale ademas con efusion y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluia con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucia en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazon. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversion á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato de los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadron de la órden que al punto se agrupó en torno del caido maestre, y mantuvo solo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró D. Rodrigo Tellez Giron: lástima grande para todo el ejército por ser personage de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que habia mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendándoselo muy encarecidamente á D. Gutierre de Padilla, clavero mayor de la órden.

Cuanto sintiese Salvador esta muerte, y cuan hondo le pareciera el vacío que en su corazon dejaba, no hay porque ponderarlo: baste decir que habia mirado al maestre con un afecto estraño y misterioso, que venia á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel orizonte de soledad que por todas partes descubria. Al dia siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en cuanto se lo permitian los riesgos del camino, y tornó á hacerle los mas cordiales ofrecimientos; pero D. Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la órden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trageron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fé; y en ella le decia que habia vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevará una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algun tanto habia tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso mas que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningun indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, segun la postracion en que habia quedado. De esta suerte los años empujaban hácia la huesa al hombre que le habia servido de padre; el maestre que como hermano le habia mirado descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un dia le sirviera de norte y de fanal, desaparecia en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detras de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hácia adelante; allí los combates y su estruendo: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitose en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasion, que vino á dar en una especie de emboscada donde mas de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendia valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demas, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo á Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fé. Caminaban en silencio, y nuestro jóven maravillado examinaba con suma atencion y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero Era este alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traia en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo.—En verdad, señor caballero, que mereciais no ya un hábito el mas calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si quereis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.—« Mi reino no es de este mundo, » repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generacion muchos años, ellos no han conocido mis caminos. »—Sorprendido se quedó Salvador al oir estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.—Pero vuestra cortesia me obliga tanto, que, puesto que en acorreros mas haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante accion, no solo os descubriré mi rostro sino que tambien os diré mi nombre. Llámanme *Cristoval Colon*.—Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila caudal y poderosa. Habia en aquella cabeza un no sé que de inspiracion, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiracion y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fé, y se separaron cortesmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristoval Colon, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reir el caballero, y le dijo:—Es el loco mas hidalgo y mas valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que revuelve en su imaginacion, que le han mermado el seso. Habeis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los mas le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oir hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por que tenia en mucho; amen de que se le hacia duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias á Colon por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubria, encaminóse á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una mísera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador habia cultivado las ciencias entre los monges de San Mauro, y por una intencion pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristoval: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razon le cautivaron al mismo tiempo con su seduccion irresistible. Desde entonces prohijó con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colon como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el dia venturoso de la rendi-

cion de Granada. Era cosa de ver la pompa y magestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra seguido de la flor de la caballería española, y despues de hecha oracion en accion de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo mas alto de la torre principal y del homenage con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegria que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecia querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes á sus reales despues de recibir el parabien y homenage del nuevo reino, y aquella misma tarde entre los diversos premios que se repartieron, puso D. Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y Doña Isabel le regaló una cadena de oro; lisonjero galardon de su valentia y denuedo.

No era cumplido sin embargo su gozo, porque los recuerdos que entenebrecian su corazon, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel dia las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecia ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colon sobre el intentado viage, cuando un correo que llegó al rey de Galicia, le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulacion noticiábale el anciano como habia descubierto el paradero de María, pero que mas se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la habia perdido para siempre, y debia rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se habia arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador, pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podia guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba finalmente donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colon, que comprendia su amargura, le habló entonces de un viage portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confin de la tierra, de una gloria duradera mas que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hácia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Despues de mil trabajos y penas salió por fin Cristoval Colon del puerto de Palos de Moguer el dia 3 de agosto de 1492, enderezando su rumbo hácia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viage en adelante fue un tegido de sublevaciones y de peligros, en que á no haber contado con el corazon de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacia y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entre tanto, y su camino parecia sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fé encendiéronse por último en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podian impedirles que volviesen las proas hácia España. Colon en semejante extremidad les prometió y juró de hacerlo así con tal que á los tres dias no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperacion: —¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿Me vedareis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido mas consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mio, Dios mio! —Salvador fuera de sí se volvia y revolvia á todas partes, como si pidiese ausilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batian sus alas hácia ellos. —Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa! Dios os las envia sin número cuando á Noé vino una sola. —Eran en efecto todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres dias era como la espada de Damocles para el desolado Colon.

Aquella misma noche á cosa de las diez velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atencion de Salvador señalándole una luz como de antorcha que á lo lejos relumbraba. Subia el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colon exclamó con voz de trueno: —El Nuevo Mundo! El Nuevo Mundo! He aqui que las tinieblas cubrian su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas! Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas! —Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre exclamando tambien: —Sí, capitan, sois grande como el espíritu del Señor que cabalgaba en el torbellino. —Avergonzóse Colon entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador: —Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfaharero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él. —Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron asi sin hablar palabra. Dos horas despues ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en accion de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, á quien Colon puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le habia salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida en medio de los isleños asombrados, y Colon plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvages parecian de condicion blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazon necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrian mas dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años: era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos exclamó: —María! María mia! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraiso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarian como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aqui solo y errante en estas playas apartadas, el corazon sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María! —Murmuró en voz mas baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue á reunirse con sus compañeros y con

Cristoval Colon, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardon de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distincion despues, y se enojó por demas de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á este ni devolvió á Colon sus honores y prerogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo habia ido filtrando en su corazon se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que habia soñado; se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: ¡«Vanidad de vanidades y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazon al padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colon, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

ENRIQUE GIL.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS

DE D. RAMON CAMPOAMOR (1).

Escasas como son hoy las ocasiones de sincero encomio, que se le ofrecen al escritor imparcial y desapasionado, aprovechamos gustosos esta que se nos presenta de hacer justicia al talento de uno de los jóvenes mas aprovechados de nuestros dias, y de llamar la atencion del público, que asaz perezoso y soñoliento, ha siempre menester del acicate de la crítica para fijar su desdeñosa vista sobre el que descuella rico en obras y en porvenir, en ese tan difícil como anchuroso campo de la literatura.

Hay una circunstancia que de por si abona las poesías del Sr. Campoamor; que una corporacion, un instituto artístico y literario las haya impreso de su cuenta, dando asi principio á la positiva proteccion que ha de dispensar en adelante al saber y al genio, contribuyendo á la difusion de las obras que sean dignas de esta honra. Fáltanos ahora averiguar si la del jóven poeta, objeto del presente artículo, es digna de la prelacion que ha obtenido, y si el Liceo ha andado cuerdo en dar principio á su loable empresa, por el tomo que á la vista tenemos. Corolario indispensable ha de ser del favorable fallo que arriba emitimos, la aprobacion del pensamiento práctico de aquel instituto.

Abramos ahora el libro al acaso y leamos la página que se nos presente. Tiene por título la composicion en que hemos tropezado *La guirnalda*, y es un fantástico ensueño del poeta que cree ver á aquella suspendida de los aires, y aguardando á que la mano de una hermosa se la ciña blandamente á sus sienes. Gózase con infantil placer describiendo ora las oscilaciones de la florida cadena, ora pensando quien será la fortunada vírgen que para si la logre:

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa
mintiendo el iris del Cielo.
Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tegieron
tan peregrina guirnalda.
Ved las auras amorosas
¡como vagando la mecen!
ved ¡que conformes parecen
entre los lirios las rosas!
. . . . . .
. . . . . .
Y cuan gallardas las flores
dán, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!
Si alguna entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.
Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el Cielo,
su inadvertencia de niña.
. . . . . .
Y fresca y suave y pura
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la Reina de la hermosura.

Quien asi sueña gratamente, quien tan bellos delirios alimenta, ese no debe haber perdido ninguna de las ilusiones de la infancia, nada de ese rico tesoro que un dia y otro van mermando, hasta quedar como un triste recuerdo que martiriza al alma, porque manifiesta cuanto es amarga la realidad despues de las dulces fantasías que con nosotros crecieron en la cuna.

Nada hay de escepticismo en las frescas composiciones de Campoamor: su alma henchida de fé y de pureza, solo vé las rosas del mundo, porque aun no ha sentido sus espinas; mecido asi por las halagüeñas esperanzas que engendra, canta el incierto vuelo de la mariposa, y el afan de la niña, que imágen del hombre corriendo en pós de la felicidad, se afana ganosa de coger el matizado insecto: aquí el poeta es filósofo, tal vez por instinto, y donde no vió mas que la vana porfia de una niña, halla el pensador un punto de graves y amargas meditaciones.

Y tiernas flores hollando,
y frescas áuras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Corona este pensamiento final el de toda la composicion, y termina dignamente aquella delicada alegoría, que presenta dos faces, no menos bella la una que la otra; la apariencia y el fondo, la idea y el desempeño; que igualmente honran al filósofo que al poeta. Créase este en sus delirios un mundo á la vez ideal y positivo, que tiene de lo primero la forma y de lo segundo la espresion; en cada flor, en cada arroyo, en cada onda levísima y transparente, halla mil gratas imágenes, que con sentido acento, con suave franqueza, describe ligera y minuciosamente. Nuevo rey de Arcadia, posee verjeles, y praderas y dilatados bosques: en ellos no moran ya las pastoras de otro tiempo: en ellos no suena ya la flauta amorosa de Fileno, ni la zampoña rústica de Batilo; si el teatro es el mismo, los actores han cambiado de trage y de nombre, que estraño anacronismo fuera pintarnos al blondo y amoroso pastor apacentando su rebaño, cuando otra tan diferente realidad tenemos. No; hoy el poeta no vé esas que podemos llamar visiones; hoy nos cuenta á nosotros, torpes y descreidos cortesanos, los placeres y la poesía de la naturaleza, que es de suyo sobrado magnífica para necesitar de actores humanos, y sonlo de ella los rios, las áuras, las flores, los insectos, las aves, las maravillas todas de la creacion. ¡Y como al escuchar todas esas belle-

(1) Un tomo en 8.º Véndese en la portería del Liceo.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

III.

HIERRO Y CASTIGO.

Solo ¡ una mujer amaba!....
que fué verdad creo yo,
porque todo se acabó,
y esto solo no se acaba.

CALDERON. —*La vida es sueño.*

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba. — ¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recien llegado. —¿Quién os habia de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galan y gentil como venía con esa cruz de caballero al lado?--Harta priesa me dí para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?..... añadió, procurando encubrir su zozobra. —¿Pero sabeis que venis flaco y malparado en tales términos que nadie diría que érais vos? ¿Estais enfermo?....Jesus! y es este aquel mozo tan gallardo? vaya! si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino! —Pero el venerable abad?... replicó Salvador con impaciencia.—¡Ay, hijo! contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos dias pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os poneis tan pálido!... ¿queréis tomar alguna cosa?—No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbacion; solo os pido que le prevengais acerca de mi llegada, porque podria hacerle mucho daño mi repentina vista. —Si por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos tambien á aguardar la ocasion de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hácia allá, y el honrado portero con su priesa y su alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando:—Salvador! hijo mio! por qué no vienes?—Corrió este desalado al encuentro esclamando:—Oh, padre mio! padre mio! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varon piadoso —El cielo ha oido mis oraciones, y ahora despues de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los dias del hombre pasan semejantes á la flor del heno, y los mios estan contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvias y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazon se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo Don Pedro Giron, maestre de Calatrava. —¿Con qué segun eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre Don Rodrigo Tellez Giron, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano? — Si por cierto: la misma sangre corria por vuestras venas. —Con qué era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, con qué era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mio!» ¿Cómo fuí tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazon?

Salvador no habia llorado ni aun al despedirse de Cristóval Colon: sus últimas lágrimas habian corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazon: de su misma tristeza, solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frio. Como quiera, la revelacion de aquel secreto habia pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazon humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador habia nacido de un amor que no recibió la bendicion de la iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los zelos de la madre de Don Rodrigo Giron, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caido bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya mas sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:—Escuchadme, padre mio, porque mi resolucion es séria y profunda, y quiero que la conozcais. Ya sabeis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Oceano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazon y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colon y yo hemos tenido grillos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mio; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creeis por ventura que un corazon tan llagado como el mio se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era mas bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oracion: mi resolucion es invariable, y si mañana mismo me abriéseis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, tened por cierto que la bendicion de mi padre bajaría so-

bre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa á esta declaracion, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen priesa á romper el silencio.—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolucion, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignacion te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazon humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperacion, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mio, Dios no envia sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases á encontrar un dia á la muger que amaste, no maldecirias de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:—¿Pero no me dijisteis que murió?—Sí: murió para tí y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios! replicó el anciano prontamente.—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que sino me juzgais digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.—El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza.—¿Qué temeis? ¿No veis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?—El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y esclamó:—Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos dias tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenia para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiracion que causaría á todos los monges semejante suceso, tanto mas cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que ademas todos le habian visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares mas gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenia en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devocion aumentaban y engrandecian sobre manera. De allí á pocos dias acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneracion á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Tellez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia solo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor habia hecho correr en el pais, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monges antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él ni los sentia ni los saludaba, tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que mas cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significacion no comprendian, pero que por el acento con que salian de su boca, sucedia que los dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecia encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imágen de una Dolorosa de que años antes habian hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecia salida aquella vírgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la espresion, como por la correccion suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Habia desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María, no quedaban mas que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la mágia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que segun pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos dias creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inesplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y sin embargo, absorto en la contemplacion de aquella imágen soberana, poniéndola á manera de talisman sobre sus mas enconadas llagas, y amándola con toda la efusion de su alma, sentía su corazon apartado de la paz del justo, y como codicioso y zeloso del amparo de aquella purísima vírgen. Mas de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venian á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se habia aposentado en su alma.—Pero dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿dónde aquella frente en que la alegria pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo comun, añadia ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como leon rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Asi lo ponia en verdad por obra; pero sus combates interiores hacian su semblante cada dia mas adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se habia pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido que no le sintió.—Sí: razon tenia aquel santo varon, decia en voz baja y desconsolada; los espíritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh vírgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazon de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?—La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imágen de la vírgen, y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; asi es que volvió atras, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendia. Salió este con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponia á sus monges, y le preguntó:—Qué traeis, padre portero?—Padre nuestro, respondió este inclinándose, de dos dias á esta parte cunde en los alrededores una supersticion estraña. Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé que vision, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los paisanos que hasta los mismos criados del monasterio

se escusan de llevar allí sus bueyes.—¿Y no habeis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.—Si, padre nuestro, replicó el portero; pero ¿de qué puede servir mi humilde opinion delante de supersticiones tan añejas?—Bien está, contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, segun digimos en la primera parte, es un valle que en el dia llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasagero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habian, empero, destrozado, y solo se conservaba el pedestal de la estátua derecho en medio del pilon apuntillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caido por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yervas silvestres. En aquel lugar habian pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y sin embargo acercábase aquel sereno y repuesto á semejantes sitios, porque allí mismo habia ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió de jarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingian un encaje aéreo de reluciente plata que al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un estraño mosáico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba al rededor silencio profundo, y solo el monotono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monge se sentó sobre la estátua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano. Maga debia de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje estraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura que vuelta de espaldas hácia él pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdian entre el ruido de la fuente. Levantóse á poco rato, y encaminándose hácia donde estaba el abad, quedó este helado de un religioso terror, viendo delante de sí la vírgen misma de su oratorio. Venia andando lentamente, y cuando ya llegaba cerca pronunció con triste y apagada voz estas palabras del Cantar de los Cantares.—«Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.» —No era la vírgen! Salvador dió un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estátua de Diana.

Cuando volvió en sí halló á la maga de rodillas junto á él rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetára, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica vision, hasta que al fin esclamó con una voz que partía las entrañas. —María! María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?—¿Quién eres tu, respondió ella con una particular sonrisa: tú, cuya voz me trae á la memoria la imágen de mis pasadas alegrías?....Aqui mismo, continuó yendo y viniendo con desatentados pasos; aqui mismo fuí tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caido de mi cabeza.—Salvador entonces fuera de sí, se acercó á ella y le asió una mano sin que hiciese el menor ademan, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.—Esto es verdad! dijo Salvador; mis manos estrechan esta mano! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Con qué eres tú, María! la misma María?—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harto mas dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?—Es que soy yo! yo! Salvador! mírame bien! ¿nó me conoces?—¿Quién? tú Salvador! repuso ella palpando su cabeza; ¿dónde estan, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?....Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja tambien algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tu vistes.—Está loca, loca! Dios mio! esclamó Salvador retorciéndose los brazos. —Loca! loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.—Dicho esto púsose á caminar al rededor de la fuente cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traia vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza; estaba flaca, descolorida y macilenta: de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrio y amenazador.—Segun eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigilias y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra! Segun eso mis armas se han vuelto contra mi, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza!—María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job.—«Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios. «no quieras condenarme:» manifiéstame por que me juzgas asi!»—Tenia razon el santo Osorio, dijo el monge despues de una breve pausa; muerta estaba para mi, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro!...Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.—«Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro»—Y en seguida se paró delante del abad y dijo con voz apagada.—«¡Oh, vosotros todos los que pasais por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «semejante á mi dolor!»—¡Oh! sí; murmuró Salvador con voz sorda, dolores hay que no caben en el corazon del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se habia vuelto á sentar en el borde de la fuen-

te, y miraba á la luna con distraccion profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monge, y clara muestra daban de él su agitacion incesante y viva y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer, dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razon y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Si iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira; yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpia alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reir. Paróse sin embargo la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?

—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó en seguida al portero y abrió este la puerta de par en par: ¿pero cual fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademan? dió un grito de horror, y se arrimó á la pared para no caer.—¿Estais en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! sois vos padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría; ¿con qué parece que vuesa paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa iglesia?—¿Qué estais ahí hablando de conversion ni de iglesia? replicó el abad, no poco enojado.—Sí, padre nuestro; á la maga ó bruja, ó lo que es que ha pasado por delante de mí....—Necio sois en verdad: ¿no reparais que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz y sin duda se habrá escapado de algun convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y....—Adelante pasára en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.—Id, le dijo este friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á priesa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razon, por mas que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que habia mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos dias de su vida, y consistia en una reducida vivienda y una capilla en que se habian prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y á su voz, aunque mas allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el dia sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisiban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras á los pies y en una deliciosa hondura se distinguian grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecian entre romeros y retamas que por su parte hacian sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecia era un robusto castaño, en cuyo ramage anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditacion y del recogimiento, como á la contemplacion de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: tambien la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á tí esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte habia cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se habia quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra; el abad á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademan sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el dia en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quienes eran, adonde iban, ni que propósitos eran los suyos. Hoy que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que D. Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linage, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demas y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que D. Alonso le provocó á singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba; tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo dejando á su mujer y á su hija de pocos meses cercadas de viudez y horfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algun dia la herencia de su hija, aquel linage orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraida de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror á buscar la proteccion de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habian minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de Leon, llamado San Martin del Valle. Con cuanta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay porque encarecerlo, baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que habia en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual murió mas resignada, encargando á esta que buscase en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acervo golpe, declaró el estado de su corazon á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensagero al venerable Osorio pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto, cuando llegó el mensagero de la abadesa

de San Martin. Viendo frustrado el objeto de su viage, procura este al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de D. Alvaro Revolledo le habian preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martin, y á los pocos dias tomó María el velo y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores, y aquel corazon que no concebia mas que el amor, que solo para amar habia nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era por cierto sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura, asi es que su razon se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de contínuo hablaba de las alegrias perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados que aplicaba casi siempre á su situacion, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, segun decia, con los ángeles blancos que venian á hablarle de las esperanzas del cielo. Asi se pasó mucho tiempo, hasta que un dia su demencia pareció tomar otro carácter mas sombrío, y comenzó á llorar amargamente quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San Martin asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situacion encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Vierzo, que todavia se levanta, orillas del rio Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situacion deliciosa. Aquel pais ameno y pintoresco aquietó por algun tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raices y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazon:—¿Con qué es verdad, exclamó, que siempre la he traido fija y clavada aqui como un dardo del infierno? ¿Con qué á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los rios se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba!—En realidad era su suerte en demasia miserable, y no es de estrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos dias, y los monges de San Mauro se preguntaban unos á otros:—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hunden, el rostro se le seca y de dia en dia se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para que caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?—Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecian de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de dia en dia, y muchas veces se le oia cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañia de algun religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. verdad es que mas tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Gerónimo en el desierto, pero sus monges nada adivinaban; tal era su circunspeccion y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensageros en busca suya. Uno de ellos, despues de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole ademas cuenta de su mensage. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensagero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razon, que habia resuelto guardarla por unos dias mas, despues de lo cual él mismo la acompañaria con dos monges y la dejaria en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensagero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginacion mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.—¡Eso no! dijo por fin levantándose como un leon herido; apartarla de mi es imposible! He registrado los lugares mas secretos de mi corazon, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.—Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atencion la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo:—María! mírame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus dias alegres?—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez. —Pero, no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?—Midióle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:—No; tu no eres Salvador; porque mi amante habia nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los guerreros y no el hábito de los monges.—Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecia, tal vez hubiera reflexionado mas la estraña resolucion que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrian bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugia en el alma del desdichado, y asi sin hacer caso del trastorno que parecia amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el trage de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hácia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oirse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una cancion de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:—Salvador! Salvador!—Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:—Salvador! alma mia!—María! amada de mi corazon! respondia este, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monge. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en

torno suyo y vió el hábito de Salvador caido entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropage; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razon, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos.—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tu que tambien has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia! —Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los lábios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolucion desesperada le dijo, señalándole sus hábito caido: —Si; lo he hollado porque me separaba de tí, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tu estas! ¿Sabes que despues que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin tí todo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tu á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino con ímpetu irresistible me ha lanzado á tus pies? Pues bien! cúmplase mi estrella! ya nunca me separaré de tí, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazon con mis manos! —En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada. —¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mi por toda la eternidad? —Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies: —¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes! —No; respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; jamás me separaré de ti! y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad! —No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vínose á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad: cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada, brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo. —¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdon para nosotros! —Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio que rodando venia, arrastró consigo á los dos desdichados que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundacion. Los monges asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadia los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legion, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles mas altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un estraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monges, y era que un ropage blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el manto del señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundacion, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; despues de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes. Acordáronse al ver esto del prelado á quien algunos habian visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparicion del hábito y del cisne se formaron estrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba á gusto de su imaginacion, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monges consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Qüa; y en el pais quedó la tradicion que acabamos de contar.

CONCLUSION.

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginacion del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mí tio D. Anastasio el Cura» que decia el barquero; y salva la flogedad y desaliño del curioso viagero, no deja de ofrecer interés. Por lo demas el Lago de Carucedo tiene el mismo orígen que la mayor parte de los otros, y lo único que lo ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es mas que probable que ya en tiempo de los romanos existiese, porque las cercanías estan llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fria como casi siempre se muestra.

ENRIQUE GIL.

AL FIRMAMENTO.

Corra la luz por tus eternos mundos
En tu bóveda inmensa disipada!
Su cabeza frenética, humillada
El pliélago dobló;
Y sus abismos líquidos, profundos
Plegó ante un leño en su estension perdido:
Y cual furioso toro, ya vencido,
Dócil al triste yugo se prestó.

Mas tú al hombre atrevido desafias
Con la bárbara voz del rudo viento;
Y se estremece el mísero al acento
Del trueno celestial:
Le niegas el abrigo de tus soles,
El ardiente volcan de tus estrellas;
Tan solo alcanza de sus luces bellas
Reflejo errante, rayo sepulcral.

La vírgen eres tu del universo,
El hombre en tus senderos no camina;
No profana la bóveda divina
Su bárbaro furor.
De tu seno de fuego se despiden
Mil cometas, mil soles, mil estrellas;
Que van luego á perderse, cual centellas
Bajo el inmenso trono del Creador.

Yo he soñado vivir como el arcángel,
Habitante del puro firmamento;
Dirigiendo cien mundos de mi aliento
De zafiro y rubí.